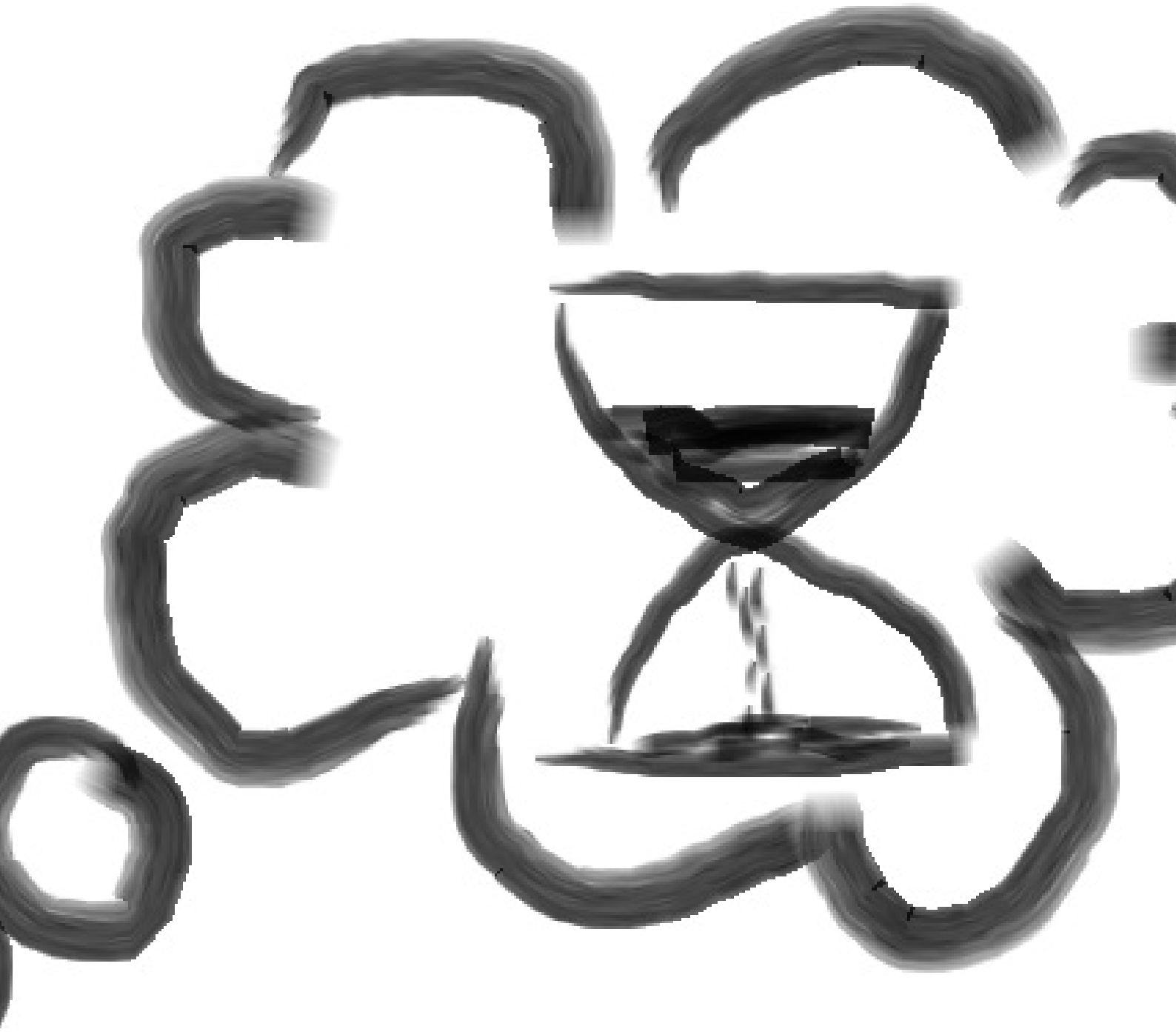
¡Vaya vida!

A. Glez



Capítulo 1

Medianoche. Me meto a la cama y me preparo para dormir. Estoy tan exhausta que apenas acomodo las cobijas sobre mi cuerpo y coloco la cabeza sobre la almohada y caigo dormida. Caigo en un sueño profundo. No recuerdo el principio del sueño- *¿Habrá de ser eso posible?-*

Estoy en la cama, tal como me encontraba antes de dormir. Es mi habitación y todo parece habitual. Excepto que siento incomodidad, algo de ansiedad, pero es incierto el motivo. Experimento una sensación de desconcierto. Conozco el lugar en el que estoy, me es tan familiar, todo parece normal ¿porque no se siente así?

Estoy despierta, mi consciencia está presente pero no logro mantener mis ojos abiertos por completo ni por mucho tiempo. Mis párpados se sienten de acero. No consigo observar claramente, mi visión está ensombrecida. Todo a mi alrededor parece confundirse con niebla espesa. Puedo sentir como la desesperación se acerca. Vuelvo la cabeza bruscamente hacia los costados en un intento frustrado por mantener mis ojos abiertos por más de un segundo. Mis ojos no responden, mis párpados deciden no cooperar.

Alcanzo a notar algo extraño en la ventana de la habitación. Es una sombra nítida…un hombre, ¡un hombre extraño! A pesar que no puedo distinguir su rostro, sé que no lo conozco. Trata de irrumpir en mi habitación. Sigo sin poder moverme, estoy anclada a mi cama. Ahí postrada intento gritar eufórica por auxilio. Nadie acude a mi ayuda, ¿nadie me escucha? Estoy como muda. Me esfuerzo en gritar hasta sentir mi garganta seca desgarrarse en vano. Nadie puede oírme. A penas y salen quejidos débiles y moribundos de mi boca. Son inaudibles.

Veo cómo el hombre en silencio y sin voltear su mirada hacia la mía forcejea con la ventana. La quiere abrir. Es cauteloso para no quebrarla. Lo logra, está medio cuerpo adentro de la habitación. Sigo intentando gritar. Nada ha cambiado, sigo muda. El hombre finalmente logra entrar por completo. El ritmo de los latidos de mi corazón se hace más evidente que mis gritos. Doy respiros bruscos pero el aire es insuficiente para regresarme a la calma.

Una vez dentro, el hombre no se detiene a observar nada a su alrededor, no toma ningún objeto. Camina con determinación hacia el costado más cercano de la cama. No logro distinguir las facciones de su rostro. Es como si estuviera viendo una vieja filmación de cine. Todo se ve en tonos blanco y negro, los cuadros de cada toma se cortan abruptamente y pierdo un poco de continuidad en la escena que estoy viviendo.

El hombre se detiene ahí, al costado de la cama. Extiende sus brazos hacia mí, presiona sin piedad una de sus manos contra mis labios mientras con la otra envuelve mi cuello. No puedo oponer resistencia. Mi cuerpo paralizado grita desde mis entrañas sin poder emitir sonido. El oxígeno se vuelve escaso. Mis párpados cobijan mis ojos por completo. Oscuridad completa.

Mientras me desvanezco se oye un ruido agudo repentino que no cesa. Abro mis ojos con agresión con ganas de volverles imposible se cierren nunca más. Respiro con furia, tomo bocanadas de aire superiores a la capacidad que permite mis pulmones. ¡La alarma! Es la alarma la que ha sonado. Son las siete de la mañana. He despertado del sueño. La pesadilla ha acabado. Eso creo, al menos.

La vida real ha comenzado para mí. Es el comienzo de un nuevo día, un día más. Otro día más…uno menos ¿qué más da? Ahora la realidad es inevitable. De vuelta a la vida cotidiana he de regresar. Con un alivio pasajero me siento al borde de la cama antes de levantarme. Noto que, si no me levanto ya a tomar una ducha para ir a trabajar, se me hará tarde…nuevamente. Mientras apoyo firmemente mis pies descalzos en el suelo frío, exhalo suspirante y pienso “Otro día más… ¡vaya pesadilla!”